



Lord Herido

SERIE
LORES MALDITOS 2

SYDNEY JANE BAILY

Era un hombre privilegiado e inmensamente elegible, hasta que un accidente de carruaje lo arroja a la calle adoquinada. Tras el accidente, el conde despierta como lord Herido. ¿Qué podría empeorar?

De todas las damas de Londres, ¿por qué esta le hace sentir cosquillas?

Lord John Angsley no puede mantenerse alejado de la señorita Blackwood. Pero está claro desde el principio que ella es demasiado voluble para ser una buena esposa, especialmente con pretendientes rivales que aparecen a cada paso.

*A Victoria, Vickie, Piercey
Un corazón generoso, una verdadera amiga,
una mujer fuerte*

Agradecimientos

Gracias a mi editora, Violetta Rand, que me hizo recapacitar y que detectó mis errores. Y, como siempre, ¡gracias a mi querida madre!

Prólogo

1848, Turvey House, Bedfordshire, Inglaterra

Nada en su cómoda existencia le había preparado para esto. John Angsley, conde de Cambrey, yacía de espaldas con su pierna rota y escayolada colgando de un cabestrillo. Le resultaba totalmente imposible darse la vuelta o incluso cambiar de posición, y maldijo en voz alta. Hacía apenas unos días que había bebido su último sorbo de láudano, y nunca había imaginado lo rápido que el dolor se apoderaría de él.

No solo el dolor. Todas las dolencias conocidas por el hombre parecían querer visitarlo. Incluso las náuseas.

Se sentó a duras penas, cogió el cuenco que tenía a su lado y arrojó en él el contenido de su estómago. Por suerte, como le dolía el vientre de forma constante, incluso después de dejar de tomar la tintura de opio, apenas había comido. Comprobó que vomitar con el estómago vacío no era más agradable que hacerlo cuando lo tenía lleno.

Había pasado una hora o dos desde la medianoche. Incluso los sirvientes debían de estar profundamente dormidos. Con esa irritante idea, gritó tan fuerte como pudo y luego tiró de la campanilla, lo cual resultaba efectivo para pedir ayuda, aunque no tan satisfactorio como usar sus pulmones a su máxima capacidad.

Esperó temblando y cubierto de sudor, mientras el dolor lo atravesaba desde el cuello hasta las nalgas para lue-

go descender por su pierna sana.

Al cabo de unos minutos, llamaron a la puerta y Peter entró.

Cam pensó que su ayuda de cámara era un hombre afortunado por poder caminar por su propio pie y mostrar un aspecto saludable, a pesar de su pelo desordenado. De hecho, Peter era exasperantemente normal, excepto por el hecho de que no llevaba chaqueta y su chaleco estaba del revés.

Ese detalle fue lo único que le hizo a Cam sentirse mejor. Había sacado a su pulcro y eficiente ayuda de cámara de la cama y lo había obligado a ponerse la ropa a tal velocidad, que el hombre casi no tuvo tiempo de vestirse.

Tal vez debería mencionarle su falta y descontarle parte de su salario. Castigar a ese cabrón sano.

Cam suspiró y se preguntó en qué demonios se estaba convirtiendo.

—Llévate el tazón y tráeme algo.

Peter se inclinó y alcanzó la porcelana que contenía poco más que bilis.

—¿Traerle qué, milord?

Cam quiso decir: «El maldito opio, por supuesto», pero no lo hizo. Aquel camino solo lo llevaría a nuevos dolores de estómago, pensamientos obtusos y sueños extraños, aunque la dicha de pasar sus días y sus noches sin dolor valía la pena. O casi.

Además, le había dicho a Peter que no le trajera la botella de láudano por mucho que le rogara. ¡Qué humillante!

—Tráeme *brandy*. Calentado, supongo. —¿Le ayudaría a dormir y neutralizar los dolorosos y viles síntomas que sufría desde que había dejado de tomar opio? Lo dudaba. Lo más probable era que también vomitara el *brandy* o le sentara mal, empeorando su estado.

—¡Vete! —le gritó a Peter, que se había quedado a la espera, quizá para recibir más órdenes.

Cómo deseaba Cam poder desprenderse por completo de su tortura, pero solo por un rato. Quería vivir este infierno. Quería volver a caminar. Y, sobre todo, quería volver a ver a Margaret Blackwood.

Capítulo 1

Seis meses antes

El conde de Cambrey tenía que elegir: otra noche en su club rodeado de buenos amigos y buen *brandy*, o una larga y seguramente aburrida velada en casa de lord y *lady* Marechal. Eligió lo segundo. Después de todo, aparte de la música y las jóvenes insípidas, el champán y los dulces, junto con los dandis presuntuosos, tendría la oportunidad de ver a la señorita Margaret Blackwood.

Dios, si alguno de sus amigos se enterara de lo loco que se había vuelto por la joven Blackwood, lo expulsarían de los clubes. Sin embargo, él había visto algo en ella.

Cierto, ese algo no era sutil. Todos los malditos jóvenes habían visto lo mismo que Cam en cada uno de los eventos de la temporada: su atractiva figura, su brillante cabello color caramelo, sus ojos dorados que bailaban cuando ella reía y una sonrisa que lo dejaba sin aliento. Y todo esto lo utilizaba con un efecto devastador.

Por desgracia, lo usaba con cualquier hombre que le salía al paso. Él habría agradecido que ella le mostrara un mínimo de favoritismo, teniendo en cuenta que se habían conocido antes de que empezara la temporada, ya que la hermana mayor de Margaret se había casado con su mejor amigo, Simon Devere, y además, ¡él era el maldito conde de Cambrey!

Sí, estaría bien que le mostrara un poco de inclinación.

Tal vez ella tenía un interés especial en él. Habían pasado mucho tiempo juntos desde que su madre y sus dos hermanas habían llegado a Londres. No solo había cenado en casa de los Devere, sino que Cam y Margaret se habían sentado uno al lado del otro en un partido de críquet en el recién inaugurado Fenner's Ground y habían animado a los jugadores. En otra ocasión, se habían reído —con la mayor discreción posible, por supuesto—, cuando una soprano con muy poco talento no acertó unas notas, o casi ninguna, en el escenario del Sadler's Wells.

Sin embargo, en los carnés de baile de Margaret siempre aparecían los nombres de muchos otros caballeros, incluido Westing, un hombre al menos siete años más joven que Cam, lo cual escocía.

No es que Cam fuera un viejo, pero a los veintiocho años, era casi una década mayor que la señorita Blackwood.

Tal vez ella era simplemente demasiado joven.

Demasiado voluble.

Él gimió cuando ella entró en el salón de baile con su madre y su hermana mayor.

«¡Demasiado hermosa!».



A Maggie le encantaba la temporada y todo lo relacionado con ella. Por mucho que su hermana mayor, Jenny, la considerara frívola, poco práctica e incluso tediosa, Maggie pensaba que era emocionante, excitante y, por supuesto, totalmente necesaria. Su debut el año anterior se había visto truncado por la muerte de su padre. En poco tiempo, lo que quedaba de su familia, es decir, su madre y sus dos hermanas junto con algunos sirvientes, se había visto obligada a abandonar Londres. Maggie había dejado atrás sus esperanzas de un futuro halagüeño.

La venta de su preciosa casa de Londres no había sido fácil. Volver a mudarse a su pequeña casa de campo en Sheffield y tener que convertirse en tutora de francés, había sido insoportable. Se había alejado de todas sus amigas, incluida la más querida, Ada, la hija de otro barón, y con expectativas de encontrar un buen marido.

Pero después tuvo lugar un hecho afortunado. Su hermana mayor había llamado la atención del conde de Lindsey, y antes de que lo que se tarda en bailar tres veces alrededor del Maypole, se habían casado.

Así pues, aquí estaba Maggie, con toda la temporada social por delante y con nuevos vestidos. ¡La vida era maravillosa!

Además, ella había captado el interés del conde de Cambrey, un hombre de mundo y bastante elegante. Algo en él hacía que su interior se agitara de una manera desconocida y peligrosa. Sin embargo, temía mirarlo demasiado a los ojos, a él o cualquier otro. No quería conformarse con el primer hombre que se fijase en ella.

John, como ella pensaba en él en privado, era tan mayor como el recién estrenado marido de su hermana. No es que fuera demasiado viejo para ella, pero temía que no compartiera su mismo sentido de la diversión. Tal vez querría permanecer sentado en cada baile o exigirle que tuviera hijos de inmediato, como Jenny, que ya tenía un bebé a los pocos meses de casarse.

No, Maggie quería vivir un poco antes de experimentar una aventura tan aterradora, demasiado consciente de que podría acortar mucho su vida. Sabía que dos mujeres de su círculo de conocidos habían muerto durante el parto el año pasado.

Temblando, se obligó a enviar pensamientos felices a Jenny, que daría a luz en otoño. «Por favor, Dios, haz que tenga un parto fácil y seguro».

—¿Por qué tienes esa cara? —le preguntó su madre—. Con esa expresión de preocupación, tienes el ceño frunci-

do y nadie se acercará a ti.

Su madre se equivocaba, por supuesto. En cuanto Maggie puso un pie en el parqué, media docena de caballeros entraron en disputa por colocar sus nombres en primer lugar en su carné de baile.

—Un momento, *chicos* —bromeó, sabiendo que estaba siendo insolente. Por supuesto, nadie llamaría a los señores Fowler y Welkes por ese término. Pero Maggie lo hizo. Es más, sabía que podía salirse con la suya. A pesar de su belleza, no se habría atrevido a hacerlo si siguiera siendo la pobre Maggie Blackwood de Sheffield, cuyo padre, el barón, murió en bancarrota.

Sin embargo, como la señorita Margaret Blackwood, cuñada del conde de Lindsey y residente en la casa de los Devere en Portman Square, era un buen partido. Podía permitirse ciertas burlas, y otras cosas más.

Cuando la multitud de caballeros se disipó, vio a lord Cambrey de pie, con una copa en la mano y un leve gesto divertido en su bello rostro. No, no podía pensar en él como un chico, ni llamarlo así sin avergonzarse. Era el único con el que se le trababa un poco la lengua, con el que sentía un revoloteo de nervios en el estómago, el único que le causaba un poco de inquietud.

Eso le gustaba de él. Y mucho.

Además, sus preocupaciones de que pudiera ser estimado habían resultado del todo infundadas. Ya se habían divertido mucho, compartiendo un sentido del humor similar y su pasión por el críquet. Es más, en sus fuertes brazos, en la pista de baile, Maggie se movía con ligereza y sin esfuerzo, con el conde como protagonista de una confianza soberbia.

Sí, John ocupaba un lugar destacado en su lista de solteros elegibles y, al parecer, estaba esperando su turno para anotarse en su carné de baile.

Él soltó su copa y saludó a las tres.

–*Lady Blackwood* –se dirigió a su madre, tomando su mano e inclinándose sobre ella–. *Lady Lindsey* –saludó a su vez a la hermana de Maggie. Por desgracia, Jenny parecía, como de costumbre, que prefería estar en otro lugar antes que en un evento de sociedad. Aunque todavía nadie había notado que, mientras su marido se encontrara fuera por negocios, su hermana parecía incapaz de divertirse.

Maggie puso los ojos en blanco. Jenny era una condesa y su vida estaba establecida, ¡por el amor de Dios!

John se volvió hacia ella. Cuando sus miradas se cruzaron, ella sintió una deliciosa anticipación de la velada que se avecinaba. Entonces él se inclinó sobre su mano y se la llevó a los labios.

–Señorita Blackwood.

–Lord Cambrey –murmuró ella.

Cuando él levantó la cabeza, se miraron un momento, un momento deliciosamente largo, hasta que ella le sonrió de forma involuntaria.

¿Qué era lo que le gustaba de este hombre?

¿Era su aspecto? Por supuesto, era un hombre apuesto. Su pelo, del color del café, y sus ojos color avellana eran atractivos, así como su contagiosa sonrisa. También le gustaba su altura y su fuerte constitución. Además, su forma de hablar, sus opiniones a menudo únicas y su risa deliciosamente perversa eran encantadoras.

Oh, Dios, ¿estaba enamorada de este hombre?

Con un ligero sonrojo, Maggie se dio cuenta de que los cuatro se dirigían hacia una mesa cubierta con un mantel frente a la pista de baile. Como si fueran soldados montando el campamento, cubrieron las sillas con sus chales y colocaron sus ridículos sobre la mesa, sabiendo que aquí, en el interior del salón privado, había poco que temer a los ladrones.

Los músicos seguían afinando sus instrumentos para la larga velada que les esperaba. La emoción recorría la sala,

o tal vez Maggie solo imaginaba que todos se sentían como ella. Excepto Jenny.

Muy pronto, Maggie fue reclamada por el primer caballero anotado en su carné, lord Whitely, el hijo de un vizconde, con una nariz puntiaguda, pero con unas largas pestañas que batía sobre unos ojos inteligentes. Y el vals comenzó.



A Cam le resultaba fácil conversar con la esposa de su mejor amigo, sobre todo, cuando hablaban de su marido, Simon, que estaba en el continente haciendo Dios sabía qué, o de su encantadora hermana.

Mientras charlaba amistosamente con Jenny, no perdía de vista a Margaret, que tenía una energía sin límites. Había encabezado la Gran Marcha^[1] y luego no había rehusado ni una sola cuadrilla^[2]. Mientras mantuviera sus animados movimientos, no estaba demasiado preocupado por ella ni por sus parejas de baile. Después de todo, no era muy fácil mantener una conversación sin perder el ritmo. Por eso, la mayoría de los invitados bailaban sin más interacción que una sonrisa o una mueca si se pisaban los dedos de los pies.

«Basta», se ordenó a sí mismo. No le correspondía considerar si ella estaba entablando uno de sus deliciosos diálogos con uno de esos caballeros. No tenía ningún derecho sobre ella. Y aun así...

Al final, después de unos cuarenta minutos, los músicos necesitaron un descanso y todos se dirigieron a las mesas de refrescos.

Después de ofrecerles una bebida a Jenny y su madre, Cam era libre de vagar entre la multitud y ver si podía ayudar a Margaret.

La encontró con facilidad, ya que nunca había dejado de prestarle atención, pues destacaba de forma espectacular con su vestido azul claro, que le hacía brillar como un ángel. Por suerte, en lugar de acompañarla uno de esos acicalados caballeros, con el que tendría que mantener una charla insulsa, ella estaba con otra joven, la cual parecía igual de emocionada por formar parte del evento.

Cam suspiró por lo viejo que le hacían sentir, y se acercó a ellas.

–Señoritas, ¿puedo ayudarlas a conseguir un poco de limonada?

–Qué amable –contestó enseguida Margaret–. Bailar da mucha sed, sin duda. Lord Cambrey, ¿conoce a la señorita Ada Ellis?

Él se inclinó ante la dama de cabello rubio, que para él, parecía desteñida al lado del pelo castaño miel y los ojos cálidos de Margaret.

–No creo tener el placer. Si las dos se quedan cerca, les procuraré a cada una un vaso de néctar refrescante y ácido.

Ada soltó una risita detrás de su abanico, y Margaret puso los ojos en blanco ante su caballerosidad exagerada.

Cam hizo una leve reverencia y se alejó de ellas, abriéndose paso entre la multitud antes de ser detenido por una pared de chaquetas vestidas de negro y gris frente a las mesas de refrescos. Los sirvientes llenaban los vasos tan rápido como podían, y aun así, no era suficiente.

Minutos más tarde, regresó al lugar donde había dejado a las damas, maldiciendo en silencio solo una vez cuando alguien lo empujó y le hizo derramar limonada sobre su manga.

Sin embargo, cuando llegó al lugar donde había dejado a las damas, no encontró allí a la encantadora Margaret. Con el ceño fruncido, escudriñó la habitación. Para su disgusto, la vio a unos metros de distancia. Todavía en compañía de su amiga, aunque ahora charlando con dos

hombres. Seguramente coqueteando. Y los cuatro tenían en sus manos un vaso de la maldita limonada.

–¡Al diablo! –dijo Cam, lo bastante alto como para que una pareja que pasaba por allí lo oyera. Cuando se detuvieron con las cejas alzadas, él se limitó a hacer una reverencia cortés.

–¿Puedo ofrecerles estos refrescos? –les preguntó.

Sus expresiones se relajaron con alivio y aceptaron los vasos con gratitud.

Sin duda, había hecho amigos para toda la vida, evitándoles tener que esperar en la maldita cola.

Volvió a la mesa y se sentó pesadamente en la silla junto a Jenny, de espaldas a la pared, con una buena vista de los bailarines.

–¿No tiene usted ningún compromiso, milord? –preguntó la esposa de Simon.

Él apartó su mirada de la multitud y le sonrió.

–¿Perdón?

–Bailar. ¿No es por eso que un hombre soltero viene a un baile durante la temporada?

Cam supuso que tenía razón. Es más, había sido más que grosero con ella.

–¿Le gustaría bailar, *lady* Lindsey? Sería un honor para mí.

–Por supuesto que no –declaró Jenny–. En todo caso, se supone que no debe desperdiciar su soltería bailando con una mujer casada. Eso va prácticamente en contra de las reglas. Mi presencia aquí no es importante, sin embargo, la suya sí lo es.

Vio cómo ella examinaba la sala y él hizo lo mismo. A excepción del carné baile de Margaret, no se había molestado en apuntar su nombre en ningún otro, pues no creía que fuera a enamorarse de repente y encontrar una esposa durante una exuberante mazurca.

–Veo a más de una señorita con la boca torcida que, estoy segura, estaría muy agradecida si le pidiera un baile.